

La competitividad, víctima del federalismo trunco¹

Jorge Vasconcelos

jvasconcelos@ieral.org

La ciudad de Buenos Aires es muy competitiva en la exportación de servicios, como el turismo y la informática. Pero, en materia de bienes, sólo contribuye con el 0,5 % del total de las ventas al exterior del país. Una desproporción, ya que participa con un 25 % en el Producto Bruto Geográfico nacional. Los datos anteriores nos dicen que, cuando referimos a exportaciones de bienes, estamos hablando del interior del país, que representa el 99,5 % de esa variable. Así, la calidad del gasto público de nación y provincias, su mayor o menor contribución para revertir las desventajas que afloran a medida que nos alejamos del puerto, son determinantes claves de la capacidad competitiva del país. De igual modo, el tipo de impuestos que utilizan las diferentes jurisdicciones para financiarse puede ser neutro o un lastre para la trayectoria exportadora. En la Argentina, puede argumentarse que, por diversos canales, mientras más sesgo federal tenga la política fiscal, mayor probabilidad existe de lograr mejoras sostenidas de competitividad. El problema está en que, en los últimos años, la tendencia ha sido la opuesta.

La conexión entre competitividad y federalismo se ilustra desde el vamos, al consignar que los impuestos coparticipables por excelencia, IVA y Ganancias, son al mismo tiempo los menos distorsivos desde el punto de vista del comercio exterior. Un esquema recaudatorio que descansa en este tipo de tributos será el que menos interfiera en las decisiones empresariales vinculadas con inversiones destinadas a atender el mercado global.

¹ Nota publicada en el diario La Voz del Interior el 22 de Julio de 2012



Sin embargo, en los últimos años han ganado peso en la pauta recaudadora impuestos que penalizan directamente la capacidad exportadora. Del lado de la Nación, retenciones y el impuesto al cheque, insignificantes o inexistentes 12 años atrás, han pasado a representar el 16,7 % del total de la recaudación nacional y nada menos que 4,9 % del PIB. Como, a su vez, estos tributos se coparticipan de modo marginal, puede interpretarse que, a la sombra de su expansión, la contrapartida en las provincias ha sido el avance del más rústico de los impuestos, el que se aplica sobre Ingresos Brutos, sumamente distorsivo desde el punto de vista de la exportación. Doce años atrás, el consolidado de provincias recaudaba Ingresos Brutos por el equivalente a 2,2 % del PIB, guarismo que trepó a nada menos que 3,8 % del PIB en 2011.

Así, este conjunto de impuestos distorsivos, nacionales y provinciales (se incluyó Sellos en el consolidado), ha alcanzado un monto de 168,2 mil millones de pesos el año pasado, equivalente a 9,1 % del PIB, según cálculos de Ieral de Fundación Mediterránea.

En los primeros años post-devaluación, el lastre a la competitividad que significa esta política fiscal pudo ser relativamente disimulado por la vigencia de un tipo de cambio por encima del equilibrio (la era del "dólar alto"). Sin embargo, este factor de compensación perdió fuerza desde 2007 en adelante. El cambio de escenario internacional, tras la caída de Lehman en setiembre de 2008, encontró a nuestro país en una etapa de simultánea dilución del "colchón cambiario" y acentuamiento del sesgo antiexportador del esquema tributario. Por eso, no debería sorprender la ventaja que Brasil nos sacó, pese a enfrentar también problemas de competitividad (aunque por otros motivos). Entre 2008 y 2012, las ventas al exterior de la Argentina están creciendo un 20 %, contra un 34 % del vecino país. De haber sido capaz de replicar esa trayectoria, entonces la Argentina estaría exportando 94 mil millones de dólares este año, 10 mil millones de dólares por encima del observado. Los problemas cambiarios de hoy podrían verse de otro modo.

Son las dos hojas de la tijera de la política fiscal las que están afectando la competitividad. Es que la suba incesante del gasto público y, últimamente, el financiamiento a través de la emisión monetaria, están detrás de las presiones inflacionarias que han generado la llamada "inflación en dólares".



En este plano, las provincias no se salvan del reclamo. En general, la dinámica de gasto público de estas jurisdicciones es difícil de justificar por su contribución efectiva a la infraestructura y a la formación de los recursos humanos. En realidad, para que la conexión entre federalismo y competitividad sea inobjetable, las provincias tienen mucho por hacer. El déficit en educación primaria y secundaria, que salta en las comparaciones internacionales, es una responsabilidad central de las provincias y es imposible exagerar sobre la importancia de este factor. En cuanto a infraestructura, se observan pocos proyectos regionales, que involucren a varias provincias, siendo que muy probablemente allí se cuenten los de mayor rentabilidad social.

Pero más allá de este flanco débil del argumento, lo cierto es que, también en esta dimensión, la Nación parece estar menos comprometida con la competitividad. Las erogaciones del consolidado de provincias han subido en forma significativa, pasando de 13 a 16,5 % del PIB en el último quinquenio. Pero la nación fue mucho más allá, ya que pasó de 14 a 23,5 % del PIB, nuevamente según estimaciones del equipo fiscal de Ieral. Hoy se advierte la dificultad para financiar estas partidas de forma genuina, con dos opciones a mano, la inflación o la suba de impuestos, ninguna amigable en términos de competitividad. Y, si bien la nación ha incrementado la obra pública, esto no ha servido para atemperar la suba de los costos logísticos, que ha multiplicado por 2,4 veces la variación del tipo de cambio desde 2001.

La dificultad de las provincias para hacer planes se acentúa cuando se constata que el impuesto inflacionario tampoco se coparticipa y que, del total de fondos transferidos desde la nación, una cuarta parte es discrecional (no automático) siendo, por lo tanto, errático e impredecible.

Cada vez está más claro que para resolver los problemas de coyuntura se requiere un replanteo general de objetivos e instrumentos de política económica. Seguir insistiendo con expansión fiscal y monetaria no sólo no dará resultados sino que será cada vez más riesgoso. El centro de gravedad deberá desplazarse para poner el acento en nuevos capítulos. La competitividad y el federalismo deberán estar incluidos y lo interesante es toda la sinergia que puede encontrarse entre ambos.